

EL PENIX

PERIODICO OFICIAL.

SE PUBLICARA EL SA-
BADO DE CADA SEMA-
NA Y SE OBRAN EXTRA-
ORDINARIOS CUANDO
EXLIAN LAS CIRCUN-
STANCIAS.

NO SE RECIBEN ARTICU-
LOS COMUNICADOS QUE
FENDAN DIRECTA O IN-
DIRECTAMENTE A PER-
SONA ALGUNA.

TOMO 2.º)

TACNA-SABADO 3 DE AGOSTO DE 1844

(N.º 15.)

ARTICULOS DE OFICIO

República Peruana—Secretaría General de S. E.
la Suprema Junta de Gobierno Provisional de
la República—SECCION DE GUERRA—Ca-
sa de Gobierno en Trabaya á 26 de Julio
de 1844.

Al Sr. Prefecto y Comandante Je-
neral del Departamento Moquegua.

S. P.—En la noche de ayer se ha recibido
el parte oficial de que todas las fuerzas navales
que componen la Escuadra Nacional surta en el
Puerto de Islay, han reconocido y obedecen ab-
solutamente a la Junta Suprema de Gobierno Pro-
visoria.

El titulado Director logró á penas favorecer
su precipitada fuga con algunos de sus jefes en
el Vapor que pasó por dicho puerto el 24.º inter-
ior. De orden supremo lo comunico á US. pa-
ra su conocimiento y el del público.

Dios guarde á US.—Una rubrica de S. E.
Juan Manuel Polar.

EXAMEN:

Que bajo la dirección del Presbítero D. José
Mariano Carvajal han presentado en el día 22 del
pasado Julio, los niños que se educan en el estable-
cimiento de Doña Inés y Doña Isabel Caldera-
ra, en la Ciudad de Moquegua, y que han de-
dicado á S. E. el Presidente de la Suprema Jun-
ta de Gobierno D. RAMON CASTILLA.

Gramatica Castellana.

D. Josefa Zevallos. D. Maria del C. Chocano.
Petronila Maldonado. Maria Toche.
Maria Duran. Maria Penzoza.
Eloiza Hurtado. Carolina Zapata.

EL PENIX.

No nos equivocamos cuando dijimos en nues-
tro número, 12 que al ver lo horrible del manero
del Ex-Director por los actos de barbarie im-
propios del siglo 19, con los cuales iba marcan-
do todos los pasos de su administración con opro-
bio de su causa, era un calumate á nuestro to-
lor la esperanza garantida por mil hechos, que
nos animaba, de las virtudes generosas con que
inauguraba la nueva era. S. E. el Presidente de la Su-
prema Junta de Gobierno. No esperábamos en-
vane; y sino fuera una verdad, que el hombre
valiente es siempre generoso, como tal clemencia
el proverbio la brillante conducta de nuestro
hombre, y la misma hace nos compazcamos ya en
los opimos frutos que sus tan señaladas virtudes
están produciendo. Al frente de un ejército, cuya
moral intachable, así como su valor sin me-
dida, ha sabido infundirle una generosidad, en
sus rasgos fueron en otros tiempos predias ex-
clusivamente de fieros. No se causaron sus
enemigos en z. herir, un muerte cual á un par-
tido á su patria había de poner término á sus
sacrificios por la misma; negras plumas habían
ridiculizado su valor y honradez, y como un tirano
se le presentado ante los pueblos, para que con-
tra él convirtieran sus enojos; mas todo esto no
existía en nuestro Gran Capitán mas que una sonrisa
de compasion hacia los autores de tan nefan-
dos escritos y proyectos. Venise todos sus pasos
en la larga campaña que empezó en Julio del
43 en Africa, creemos terminada en Arequipa en
el mismo mes del 4, y todos ellos se encontra-
rán señalados por rasgos los mas heroicos de hu-
manidad. ¿Que contraste entre un Marte imbu-
do todavía, sin hechos militares que hayan acre-

ditado su conducta, y un veterano de la independen-
cia, cuyo valor se ha siempre desplegado con
el mayor lustre y abogando en favor de la legiti-
midad; aquel espantando el terror y espanto por
do pisaba su profana planta, siendo el ostracis-
mo y el cadalso su sistema, y éste abrazando al
rendido, indultando al ríminia, prefiriendo el que
un prisionero por segunda y tercera vez, aun fal-
tando á su palabra, que debiera ser de honor,
vuelva á presentarse como enemigo, al de ten-
er de usar de aquellos medios de precaucion,
que si bien parece que la humanidad rechusa, per-
mite el derecho de guerra y aconseja muchas
veces el sosten mismo de la causa que se pro-
clama.

Con todo; poco sería todo esto, y lo hemos ya
dicho, no han sido estériles tan bellas lecciones,
y esto es cabalmente lo que mas nos lisonjea.
Toda casi la juventud de este Departamento, q'
por fortuna han sido los que á su lado han partici-
pado de sus glorias y trabajos, que en las bata-
llas mas marcadas no se han contentado hasta
ver al enemigo trofeo de su valor, que sería de
ella, que de estos pueblos, si lejos de aprender
virtudes hubiese mamado la inmoralidad, y la barba-
ria. Unos jóvenes que halagados por la for-
tuna han costado sus victorias por los comba-
tes, que en éstos han lidiado contra unos com-
petidores, cuya enseña era el robo, y el asesina-
to, en sus manos inermes ya los vencidos, si hu-
biesen contra ellos ejercido represalias, ¡ah! tal
vez alguna alma de mas temple habría aplaudi-
do la venganza, ¡pero qué? manchadas ya sus man-
os con sangre de hermanos, bien que enemigos
á la vez; su corazón acostumbrado á ver cata-
strofes semejantes, habriase visto dentro poco des-
nudo de aquella sensibilidad, sin la cual las vir-
tudes no habían en ellos morada. ¿Y qué tendrían-
nos que esperar por fruto de semejante aprendi-
saje? ¡Desgraciado Tacna! ¡infeliz Moquegua!
Sus victorias serian otros tantos manantiales de
dugustos domésticos; corrompido el corazón, y acos-
tumbados á ejecutar sus venganzas con el acer-
ro, veríase el padre desatendido de su hijo, en va-
no la autoridad trataría de contener los desórde-
nes, y sin respeto á unos, y desenojada la de-
pendencia de la otra, liarían estos pueblos agu-
biados por sus mismos triunfos, pudiendo concluir-
se, que mientras dieron libertad al resto de la na-
cion, se remacharon á si mismos los gritos.

Con razon podremos pues decir, q' si las guerras
fueron las mas veces las épocas de corrupcion pa-
ra los pueblos, en donde ellas gosan; en nues-
tro suelo han sido como el crisol que han pu-
rificado mas y mas las virtudes de nuestros guer-
reros, criándose en ellos hermosos hábitos por los
respetados actos de humanidad la mas generosa y
de un desprendimiento de aquello que mas hala-
gó en otros tiempos, el saco y la venganza. No
sotras por consiguiente, la Nación entera y los
mismos vendedores tributarin siempre cien y mas
mil aplausos al virtuoso Castilla y demás Jefes,
que entre el ruido y alboroto de los campamen-
tos, entre la exaltacion de las pasiones en las li-
des muy tenazes, han sabido conservar en sus su-
bordnados aquellas virtudes que en el seno de
sus pacíficas familias habían copiado de sus ma-
yores; en una palabra, porque han sabido formar
verdaderos Republicanos.

¡Oh! ¡y cuán hermosa es una causa, cuan-
do á su sosten junto con la justicia se hermana
la moderacion en sus conquistas se estienden has-
ta los corazones, y la conviccion que ocupa la
mente de los ciudadanos, haciendo hondas raíces
en aquellos, no permite que la seducción pueda
alguna vez cambiar sus ideas; aun para lo mis-
mos vencidos deja de ser un pesar su caída, y la
confion que podría ella causarles, se desvanece,
cuando se les alarcan, para que participen, los
mismos laureles, despues de un fraternal abrazo.

Esta ténica tan necesaria en todas aquellas
revoluciones que engendran ó la diversidad de con-
vicciones, ó sonados intereses, ó puros desvios del
pensamiento, es afortunadamente la que ha diri-
jido á nuestro Gobierno provisorio, y esto nos ha-
ce esperar, que siguiendo la misma marcha, ve-
remos por último dias de paz, y que á la som-

bra de la frondosa copa de árbol tan benéfico, po-
drán ya los ciudadanos laboriosos seguir sin in-
terrupcion ni molestias el camino, por donde las
conducen sus respectivos intereses.

Se informarán los lectores por la nota reci-
bida en esta Prefectura, y que insertamos en es-
te número, del reconocimiento que ha hecho la
Escuadra Nacional de la Suprema Junta de Go-
bierno, á quien ha prestado absoluta obediencia.
Todo nos confirma en la idea que concebimos al
saber la entrada del Ex Director en Arequipa, que
en el Departamento donde había acontecido su
subjugacion al mismo tocara sus desenganos. Pa-
rece que sus anteriores amigos se habrán conveni-
do de su nulidad, y que su caída será para no
volver á erguir nunca mas su frente.

Tenemos la satisfacion de comunicarse en nues-
tro periódico el anuncio del examen de Gramatica
Castellana que tuvo lugar en la Ciudad de Mo-
quegua. Es muy posible el ver que mientras
se ocupaban los hombres de consolidar el impe-
rio de la ley en los alrededores de Arequipa, en
el mismo día, el mas escogido plantel del bello sexo
daba una prueba de que el imperio de la ley
será no menos el de la ilustracion. Es raro q'
mientras los negocios de la guerra parece debían
absorber las atenciones de todos los habitantes de
aquella ciudad, se ofrecían pruebas las mas re-
levantes de una decidida aplicacion para juntar
las que formaran algun día las costumbres de un
heroico pueblo. Las señoras Caldera, mas y el
Presbítero Carvajal, cuyos nobles emolumentos son
hoy día objeto de nuestra admiracion, merecerán
los aplausos á que les hacen acreedores su con-
tracion y zelo. Si á estrechez de nuestro periód-
co nos permitiera el extendernos mas en la presen-
te materia, demostraríamos que sus trabajos les
hacen merecedores de los saludos con que la Patria
festeja á los que promueven sus adelantos.

SEÑORES EDITORES.

Entre mis curiosidades me he encontrado con
el artículo que incluye á continuación, para que
vean os que tant han anhelado por conseguir
retratos del corredor del Carmen alto la suerte
que cabe aquellos.

EL RETRATO.

"Quién no creyere que tal sea de él,
al menos me deben la tinta y papel."

Bartolomé Torres Naharro.

Por los años de 1789 visitaba yo en Madrid
una casa en la calle ancha de San Bernardo; el
dueño de ella, hombre opulento y que ejercía un
gran destino, tenía una esposa joven, linda, ama-
ble y petimetra; con estos elementos, con coche
y buena mesa, puede considerarse que no le fal-
tarían muchos apasionados. Con efecto, era así,
y su tertulia se citaba como una de las mas bri-
llantes de la Corte. Yo, que entonces era un pi-
saverde (como si dijéramos un *lechuguino* del día)
me encontraba muy bien en esta agradable socie-
dad; hacia á veces la partida de mediador á la
madre de la señora, decidida sobre el peinado y
vestido de esta, acompañaba al paseo al espejo,
disponía las meriendas y partidas de campo, y no
una vez sola llegué á animar la tertulia con unas
picantes seguidillas á la guitarra, á pasando un
bolero que no había mas que ver. Si hubiese hij-
do ahora, hubiera habido á to, bábame de mi a-
gana, ó sentademe en el sofá, tarararía un ría
italiana, cegería el abanico de las señoras, haría
gestos á las madres y gestos á las hijas, pasea-
ría la sala con sombrero en mano y de bracerío
con otro camarada, y en fin, me daría tne á la
usanza... pero entonces... entonces me lo da-

EL FENIX

ba con mi mediador y mi boero.

Un día, entre otros, me hallé al levantarme con una esquela, en que se me invitaba a no faltar aquella noche, y averiguado el caso, supe que era día de doble función, por celebrarse en él la colocación en la sala del retrato del amo de casa. Hallé justo el motivo, acordí puntual, y me encontré al amigo colgado en efígie en el testero con su gran marco de relumbrón. No hay que decir que hubo de mirarle al trasluz, de frente y costado, cotejarle con el original, arquear las cejas, sonreírme después, y encontrarle admirablemente parecido; y no era la verdad, porque no tenía de él sino el uniforme y los vuelos de encaje. Repitióse esta escena con todos los que entraron, hasta que ya llena la sala de gestos, pudo servirle el refresco (costumbre harto saludable y descuidada en estos tiempos,) y de allí a poco sonó el violín, y salieron a lucir las parejas, alternando toda la noche los minuets con sendos versos, que algunos poetas de tocador improvisaron al retrato.

Algunos años después volví a Madrid, y pasé a la casa de mi antigua tía; pero ¡oh Dios! ¡quantum mutatus ab illo! ¡qué trastorno! el marido había muerto hacía un año, y su joven viuda se hallaba en aquella época del duelo, en que si bien no es difícil ser francamente del difunto, también el horario puede chocar con las costumbres. Sin embargo, al verme, sea por afinidad, o sea por cubrir el espeluzno, hubo que hacer algún *puchero*, y esto se renovó cuando noté la sensación que en mí produjo la vista del retrato, que pendía aún sobre el sofá. —¿Le mira U.? (¡globo!) ¡ay pobrecito! ¡mí! —Y prorumpí en un fuerte sonido de nariz, pero tuví la precaución de quedarse con el pañuelo en el rostro, a guisa del que llora.

Desde luego un don *No sé quien*, que se hallaba sentado en el sofá con cierto aire de confianza, saltó y dijo: —"Esta viuda, don Paquito, que hasta que U. no haga apartar ese retrato de aquí, no tendrá un instante tranquilo;" —y esto lo acompañó con una entrada de moral que había yo leído aquella mañana en el *Corresponsal del censor*. Contó la viuda, replico el argumentante, terciaron otros, aplaudimos todos, y por sentar sin apelación se dispuso que la meguada efígie sería trasladada a otra sala no tan cotidiana; volví a la tarde, y la vi ya colocada en una pieza interior, entre dos mapas de América y Asia.

Entre estas y otras, la viuda que sin duda había leído a *Rognard* y tendría presentes aquellos versos, que traducidos en nuestro romance español podrían decir

¡Mas de qué vale un retrato
Cuando hay amor verdadero?
¡Ah! solo un esposo vivo
Puede consolar del muerto (1),

hubo de tomar este partido, y a dos por tres me hallé una mañana sorprendido con la nueva de su feliz enlace con el *don Tal*, por mas señas. Las nubes desaparecieron, los semblantes se reanimaron, y volvieron a sonar en aquella sala los festivos instrumentos. ¡Cosas del mundo!

Poco después la señora, que se sintió embarazada, hubo de *embarazarse* de tener en casa al niño que había quedado de mi amigo, por lo que se acordó en *consejo de familia* ponerle en el seminario de nobles; y yo hubo más, sino que a dos por tres hicierome su amigo y dijeron con él en la puerta de S. Bernardino: dispúesose un cuarto, y el retrato de su padre salió a ocupar el punto céntrico de él. La guerra vino después a llamar al joven al campo del honor corrió a alistarse en las banderas patrias, y vueltas a la casa paterna sus muelas, fué entre ellos el imparcial retrato, a quien los cojeales, en ratos de buen humor habían roto las narices de un pelotazo.

Colocósele por entonces en el dormitorio de la niña, aunque notándose en él a poco tiempo cierta virtud chicharrera, pasó a un corredor, donde le hacían alegre compañía dos jaulas de canarios y tres campanillas.

La visita de reconocimiento de casas para los alojados franceses recorría las inmediatas; y en una junta extraordinaria, tenida entre toda la vecindad, se resolvió disponer las cosas de modo que no apareciera a la vista sino la mitad de la habitación, con el objeto de quedar libres de alojados. Dicho y hecho; delante de una puerta que daba paso a varias habitaciones independientes, se dispuso un altar muy adornado, y con el fin de tapar una ventana que caía encima. —¿Qué pondremos? ¿qué no pondremos? —El retrato —¿Llega la visita, recorre las habitaciones, y sobre la

mesa del altar, ya daba el secretario por libre la casa, cuando ¡oh desgracia! ¡un maldito gato que se había quedado en las habitaciones ocultas, saltó a la ventana, da un maído, y cae el retrato, no sin descualbro del secretario, que enfurecido tomó posesión, a nombre de la Europa, de aquella tierra incógnita, destinando a ella un goral con cuatro asistentes.

Ascendí por el mal trecho yací el pobre retrato, maldiciendo de los de casa y escarnecido de los asistentes, que se entretenían, cuando en ponerle bigotes, cuando en plantarle anteojos, y cuando en quitarle el marco para dar pábulo a la chimeña.

En 1815 volví yo a ver la familia, y estaba el retrato en tal estado en el recibimiento de la casa; el hijo había muerto en la batalla de Talavera; la madre era también difunta, y su segundo esposo trataba de casar a su hija. Verifícase esto a poco tiempo, y en el reparto de muebles que se hizo en aquella sazón, tocó el retrato a una antigua ama de llaves, a quien ya por su edad fue preciso jubilar. Esta tal tenía un hijo que había asistido seis meses a la academia de San Fernando, y se tenía por otro Rafael, con lo cual se propuso limpiar y restaurar el cuadro. Este muchacho, muerto su madre, sentó plaza, y no volví a saber más de él.

Diez y seis años eran pasados cuando volví a Madrid, el último. No encontré ya mis amigos, mis antiguas costumbres, mis placeres; pero en cambio encontré más elegancia, más ciencia, más buena fe, más alegría, más dinero y más moral pública. No pude dejar de convenir en que estamos en el siglo de las luces. Pero como yo casi no veo ya, sigo aquella regla de que al ciego el candil le sobra; y así, que abandonando los refinados establecimientos, los grandes almacenes, los famosos paseos, busqué en los rincones ocultos los restos de nuestra antigüedad, y por fortuna acerté a encontrar alguna botillería en que beber a la luz de un candil, algunos cañones en que ir a los toros, algunas buenas tiendas en la calle de Postas, algunas cómodas escaleras en la Plaza, y sobre todo un teatro de la Cruz que no pasa día por él. Finalmente, cuando me hallé en mi centro, fue cuando llegaron las ferias. No las hallé, es verdad, en la famosa plazuela de la Cebada, pero en las demás calles el espectáculo era el mismo. Aquella agradable variedad de silas desvencijadas, tinajas sin suelo, linternas sin cristal, Santos sin cabeza, libros sin portada; aquella perfecta igualdad en que vacen por los suelos las obras de Lope, Bertoldo, Fenelon, Valladares, Metastasio, Cervantes y Berlioz; aquella inteligencia admirable con que una pintura del de Oro-neja cubre un cuadro de Ribera o Murillo; aquel surtido general, metódico y completo, de todo lo útil y necesario, no pudo menos de reproducir en mí las agradables ideas de mi juventud.

Abismado en ellas subía por la calle de San Damaso a la de Embajadores, cuando a la puerta de una tienda, y entre varios retazos de paño de todos colores, creí divisar un retrato cuyo semblante no me era desconocido. Limpio mis anteojos, aparto los retales, tiro un velon y dos lavativas que yacían inmediatos, cojo el cuadro, miro de cerca. —¡Oh Dios! ¡mío! ¡esclamé; y es aquí donde yo debía encontrar a mi amigo! —Con efecto, era él, era el cuadro del baile, el cuadro del seminario, de los alojados, y del ama de llaves; la imagen, en fin, de mi difunto amigo. No pude contener mis lágrimas; pero tratando de disimularlas pregunté cuanto valía el cuadro. —"Lo que usted guste," contestó la vieja que me lo vendía; inste a que le pusiera precio, y por último me lo dió en *dos pesetas*; informéme entonces de dónde había habido aquel cuadro, y me contestó que hacía años que un soldado se lo traía empeñado, prometiéndome volver en breve a rescatarlo, pues según decía, pensaba hacer su fortuna con el tal retrato, refrenándole la nariz y poniéndole grandes patillas, con lo cual quedaba muy parecido a un personaje a quien se iba a regalar; pero que habiendo pasado tanto tiempo sin parecer el soldado, no tenía escrupulo en venderlo, tanto más, cuanto que hacía seis años que salía a las ferias, y nadie se había acercado a él; añadiéndome que le hubiera tirado, a no ser porque le solía servir, cuando para tapar la tinaja, y cuando para aventar el brasero.

Cargué al oír esto precipitadamente con mi cuadro, y no paré hasta dejarle en mi casa seguro de nuevas profanaciones y aventuras. Sin embargo, ¿quién me asegura que no las tendrá? Yo soy viejo, muy viejo, y muerto yo, ¿qué vendrá a ser de mi buen amigo? ¿Volvera séptima vez a las ferias? ¿o acaso alterado su gesto tornará de nuevo a autorizar una sala? ¿Cuántos retratos habrá en este caso! En cuanto a mi escarnecido con lo que vi en este, me felicito más y más de no haber pensado en dejar a la posteridad mi retrato: ¿para qué? —para presidir aun baile —para excitar suspiros para habitar entre mapas, cana-

rios y campanillas —para sufrir golpes de pelota —para criar chuchos —para tapar ventanas —para ser embogotado y restaurado después, empenado y manoseado, y vendido en las ferias por dos pesetas.

(Del "Curioso hablante")

Su amigo.

CONTINUACIÓN Y FIN DEL DERECHO DE VISITA.

Y ¿no sabían esto y mucho más que nosotros, los que estipularon el tratado de 1835? Que las naciones que lo han suscrito, porque no tienen colonias, hubiesen hecho al gobierno inglés esta concesión, que aunque ofendiese a su dignidad no menoscaba sus intereses, nada tiene de extraño, porque estamos acostumbrados a ver sus gobiernos arrastrados al campo de batalla para combatir a su enemigo que no era suyo, sino del que les asaltaba, porque le conocía y no podía ni debía sufrir su trónica y bárbara dominación; pero que la Francia que tiene colonias, y tantos motivos para desconfiar de su hipocresía, haya caído en el lazo [bien que no es ella, sino un ministro débil, por no apellidarlo con otro nombre] que la España que también las tiene, y por tantos años ha sido el juguete y la víctima de su atroz y maquiavélica política, es cosa que no se comprende fácilmente. ¿Con qué cruceros contaba? ¿Qué confianza podían inspirar los de la Gran Botana, después de haber sufrido su tiranía a las embocaduras del Estrecho, donde a la voz eran llamados para ser registrados con insultos, los buques mercantes? ¿Ni qué necesidad hay de esos cruceros? ¿Pues qué! ¿Planación española es impotente para contener el contrabando de negros? Y, aun que lo fuesen ¿qué derecho tiene la Inglaterra para desplegar esa filantropía tan fanática?

Los reglamentos, o las condiciones del tratado ¿contendrán a la Inglaterra? No hay poder en la tierra que la contenga en la carrera de los crimenes de su ambición. ¿Quien la contiene a tan largas distancias? ¿Quien le pide cuenta de los desastros que cometa? ¿Quien, de las violencias contra la tripulación de la corbeta *Ligera*? ¿Quien de los 99 por 100 presas que ha hecho? ¿Quien de los utéjes a bergantín español *Ricafort*? ¿Quien apela a donde de los fallos de una comisión, que debería ser mixta, y que se compone de negociantes ingleses? ¿En qué tribunal serían oídos los males de las víctimas de los barbones antropófagos, y de la intemperie del clima, y de cruces enfermizas? No será el gobierno español, que a la voz de un *hagase porque yo lo mando*, se pone en libertad a un consul que insulta a la moral pública, y provoca a los esclavos a la rebelión; no será el gobierno español, que cuando tan dócil y flexible se muestra con él, tobra en silencio la escandalosa infracción de las leyes de Aduanas, y vé a sangre fría, sacar de nuestros puertos a buques contrabandistas, apresar de noche nuestros buques guardacostas, entrar a poblaciones a insultar y apalar a nuestros resguardos diciendo con insolencia: *aquí manda la Inglaterra, y para ella no hay leyes*. ¿Se le ha perdido a ese gobierno ningún satisfacción de esos ultrajes? Y ¿ha dado? ¿Dónde está el consul de Cartagena? ¿Ha sido tratado, como ellos tratan a las tripulaciones de los buques, que con razón ó sin ella, son arrastrados al tribunal de Sierra Leona? *El Despertador Malagueño* se queja con mucha justicia; pero es el gobierno; es este gobierno de maldición, el que teniendo siempre en la boca la palabra *independencia*, la tiene sacrificada al despotismo de su señor. El: es la causa de nuestra humillación y abatimiento; de nuestra miseria y esclavitud. Un tratado como este, no debería subsistir una hora más, aun que nos costase una guerra; porque, por desastrosa que fuese, nunca lo sería tanto, como un tratado tan ignominioso. Si por fortuna, no tenemos unas Cortes tan populares como las Cámaras de Francia, que han antepuesto a toda consideración el decoro y dignidad de la patria, todo se le consentiría al que nos ha dividido, al que no ha arruinado; pero consuélanos, que estas ligeras consideraciones no seran enteramente perdidas, cuando asomare por nuestro horizonte político la aurora de la paz, del orden y de la justicia, y se hunda para siempre un gobierno que nos ha echado encima el sello de la ignominia, y eclipsado el nombre y la gloria de nuestros mayores. Y este día vendrá: las naciones necesitan de gobierno, y es ya muy larga la agonia de la nuestra.

(Del "Heraldo" de Madrid N.º 192.)

ERRATAS.

Plana 1.ª—columna 1.ª línea 35 dice horro-ro—léase—horroroso.

IMP. DEL GOBIERNO POR A. FEIRE.

(1) Mais qu'est ce qu'un portrait quand on sime bien fort? C'est un mari vivant qui console d'un mort.